

La Organización de los grupos **por: Bonals Joan**

Refiriéndose al aprendizaje del alumnado, Roger T. Jhonson y David W. Jhonson (1997) plantean que en él se pueden considerar tres posibilidades básicas de interacción entre los alumnos:

- . Competir para ver quién es el “mejor”.
- . Trabajar de manera individual para alcanzar un objetivo sin tener en cuenta a los compañeros.
- . Trabajar cooperativamente con gran interés en el propio aprendizaje y en el de los demás.

Una situación interpersonal competitiva se caracteriza por una interdependencia negativa entre los objetivos: cuando una persona gana, las otras pierden; por ejemplo, plantear carreras entre los alumnos y alumnas para obtener respuestas correctas de un problema de matemáticas escrito en la pizarra. En las situaciones de aprendizaje individuales los alumnos y alumnas son independientes y el éxito depende del propio rendimiento con relación a los criterios establecidos; lo que hagan los demás no les afectará. Por ejemplo, en una situación de aprendizaje de lectura, en la que todo el mundo trabaja por su cuenta y aprueba si lee correctamente el 90 por ciento o más de las palabras. En una situación de aprendizaje cooperativo, los alumnos y alumnas trabajan juntos, y sienten que “nadan o se hunden conjuntamente”. Hemos de distinguir, todavía, entre las diversas formas de trabajar basadas en la cooperación. Por ejemplo, la interacción entre iguales, como base para los aprendizajes, o bien las relaciones tutoriales entre los mismos alumnos.

Como hemos dicho, uno de los temas que tiene que resolverse para trabajar en pequeños grupos en el aula es de las agrupaciones del alumnado. Es posible enunciar algunos criterios que orienten la formación de los pequeños grupos. Ciertamente, existe un amplio abanico de posibilidades en el momento de formar las agrupaciones, y no puede decirse que unas sean más adecuadas que las otras: sería más acertado decir que sirven a distintos objetivos.

La Cantidad de integrantes de cada pequeño grupo

En primer lugar podemos hacernos la pregunta de cuál es la cantidad idónea de integrantes de cada grupo. Como plantean Marti y Solé (1997), no existe un número que podamos catalogar de idóneo y, también, depende de un conjunto de factores. Shaw (1989) recoge distintos estudios sobre el tamaño del grupo y muestra las posibilidades ganancias y pérdidas de rendimiento con el aumento o disminución del número de integrantes: con el aumento del tamaño del grupo suele disminuir el tiempo de que dispone cada miembro para participar, cuesta más hacer que participen todos, hay más tendencia al monopolio de la participación de una parte, hay más dificultades para que se pongan de acuerdo, y en algunos trabajos disminuye el rendimiento de los alumnos y alumnas.

Reducir el número de integrantes limita los conocimientos de que dispone el grupo para afrontar la tarea encomendada. Proporciona más posibilidades de participación a todos, tiende a equilibrar la cantidad de intervenciones y facilita el consenso.

El tipo de actividad y el objetivo que pretendemos con ellas es uno de los factores clave para decidir el tamaño del grupo: para un programa interactivo de ordenador, por ejemplo, dos alumnos puede ser un buen número, mientras que en una actividad basada en el intercambio de puntos de vista se necesitará un número mayor de componentes.

En nuestra práctica vinculada al trabajo en pequeños grupos en el aula hemos observado que:

- . Agrupaciones de dos alumnos, por parejas, pueden ser enriquecedoras en momentos puntuales para finalidades muy diversas. Por ejemplo, trabajar con el ordenador o formular preguntas de un tema que a los alumnos y alumnas les interesaría saber. Es una agrupación fácil de hacer y eficaz para algunas actividades, al lindar entre el trabajo individual y de grupo.

- . El trabajo en grupo de tres, en principio, posibilita una dinámica ágil, y productiva, y permite al grupo trabajar con un clima adecuado. Algunos autores han advertido los riesgos de la exclusión del tercero en el grupo de este tamaño. La práctica nos ha demostrado, de manera continuada que si bien es un riesgo considerable, no por eso aporta motivos para evitar agrupaciones de este número de participantes. Los grupos de tres componentes son idóneos, por ejemplo, para elaborar textos. Resolver problemas de matemáticas o hacer resúmenes.

- . Las agrupaciones de cuatro componentes son, probablemente, las que organizamos con más frecuencia. Entendemos que son muy adecuadas para la mayoría de las tareas que proponemos en pequeño grupo. La dinámica continúa siendo fácil y se reduce el número de grupos que el docente tiene que dinamizar. Las actividades que hemos citado para resolver en grupos de tres miembros también son adecuadas para grupos de cuatro.

- . Los grupos de cinco componentes se apartan poco de las características de los grupos de cuatro y son, de estos, los que formamos con mayor frecuencia.

- . Las agrupaciones de seis alumnos comportan más dificultades en lo que respecta a la participación equilibrada. Las tareas suelen hacerse más lentas.

Procuramos no llegar a juntar seis alumnos, preferimos partir el grupo en dos y formar Dos grupos de tres.

- . Finalmente, sólo optamos por grupos de siete u ocho en algunas actividades que se dirigen justamente a trabajar la relación o la autoimagen de los componentes a través de técnicas de dinámica.

La heterogeneidad u homogeneidad de las agrupaciones

Además de preguntarnos por el número de integrantes de cada pequeño grupo, nos podemos preguntar los criterios cualitativos de agrupación, y entre estos, la homogeneidad o heterogeneidad de niveles y ritmos en cada grupo.

Optamos por trabajar con grupos heterogéneos, si bien esta alternativa requiere, al menos, tres consideraciones previas:

- 1 . La primera consideración hace referencia a la necesaria flexibilidad en el criterio de

agrupaciones heterogéneas: si bien en la organización básica proponemos grupos con alumnado de diferentes niveles, a veces se ve claramente indicado realizar en el aula un trabajo en dos niveles de dificultad uno para los alumnos y alumnas de ritmos rápidos, y otro para aquellos que avanzan más lentamente: el docente puede optar por agrupar al alumnado de niveles más bajos o más altos, y mientras una parte lleva a cabo un trabajo determinado, los otros, en pequeños grupos, realizan una actividad diferente. En ocasiones el docente puede plantear una actividad a la mayoría de la clase, que los alumnos y alumnas pueden llevar a cabo autónomamente, y coger alumnos de niveles bajos para proponerles un trabajo en uno o dos pequeños grupos. Por ejemplo, con párvulos de 5 años, mientras el alumnado de niveles de aprendizaje más evolucionado hace un dibujo, los cuatro o cinco alumnos con niveles más bajos trabajan en la pizarra con la maestra, escribiendo nombres de compañeros de clase.

2 . La segunda consideración hace referencia a la distancia conceptual o procedimental entre alumnos: en ocasiones conviene que los niveles del alumnado que compone el grupo sean ligeramente heterogéneos, pero que la distancia entre ellos no sobrepase el nivel en que los menos evolucionados no pueden entender las producciones de sus compañeros de grupo. Pero hemos de decir, también, que según nuestra experiencia hemos podido constatar que en muchas ocasiones los alumnos y alumnas evolucionados, aunque estén a bastante distancia de los niveles de los compañeros con ritmos más lentos, les ofrecen una ayuda muy valiosa, tanto o más que aquellos que manifiestan niveles ligeramente superiores. Y, al mismo tiempo, los alumnos y alumnas que dominan mejor los conceptos y procedimientos, pueden desarrollar la habilidad de explicárselo a los demás. Por lo tanto, a la práctica, por lo general dejamos de tener en cuenta la “ligera” Heterogeneidad y simplemente juntamos alumnos y alumnas de distintos niveles.

3 . Y, finalmente, diríamos aún que la distancia entre niveles de conocimientos de los alumnos y alumnas de primeros cursos, al menos en el primer ciclo de primaria, tampoco suele ser tan grande como para atender este factor en cuenta de forma prioritaria cuando hay que hacer agrupaciones.

Otro aspecto que querríamos señalar es que se ha experimentado el trabajo en pequeños grupos de alumnos de niveles homogéneos. Entendemos que es una opción válida, incluso posible que se pueda plantear como complementaria a la que presentamos: en determinados niveles y en actividades más abiertas, puede optarse por un criterio de heterogeneidad, y más adelante o con otras actividades, se pueden hacer agrupaciones más homogéneas según los niveles, ritmos e intereses de alumnado. O bien los alumnos y alumnas pueden sentarse habitualmente en grupos heterogéneos, pero para determinadas actividades el educador puede reunir en un mismo grupo los más bajos y proponerles un trabajo a parte de ellos.

Cada docente puede plantear la formación de grupos teniendo en cuenta:

Los niveles y ritmos de cada alumno y alumna

El docente debe tener en cuenta que los niveles pueden ser diferentes pero cercanos. Una de las desventajas de agrupar alumnos y alumnas de niveles muy cercanos es que se pierda la posibilidad de confrontar producciones resultantes de hipótesis conceptuales diferentes o de estrategias de distinto nivel de complejidad. Si hay demasiada distancia, una de las desventajas es que se tiende a reproducir la situación adulta del “que sabe” y del que aprende en una situación “pasiva”.

Los alumnos y alumnas “buenos informadores”

Hay alumnos con gran facilidad para comunicar saberes, maneras de hacer los trabajos o actitudes bien dispuestas para abordarlos: sabiéndolo o no, transmiten informaciones que pueden suponer una gran ayuda para el aprendizaje de los compañeros. Los buenos informantes son aquellos que tienen buena capacidad para transmitir conocimientos a otros compañeros.

Al margen del nivel de conocimientos, hay alumnos más sociables, más aceptados, más abiertos, con mayor capacidad de relación, que pueden aportar más que otros. En muchas ocasiones los líderes son buenos informadores para los componentes sobre los que ejercen el liderazgo.

Los alumnos o alumnas más necesitados

En las agrupaciones procuramos tener especialmente en cuenta a los alumnos que manifiestan más necesidades no solo en el área académica, sino también en la vida de relación, la autoimagen y el desarrollo emocional. Estas necesidades provienen de diversos aspectos:

- Del entorno poco enriquecedor en el que viven.
- De las dificultades de relación o de los trastornos de personalidad que presentan.
- De las dificultades lingüísticas .
- De alumnos menos aceptados o de aquellos que el grupo tiende a tener menos en cuenta.
- De los alumnos repetidores.
- A los alumnos nuevos en el centro el docente es quien mejor puede presentarlos al grupo-clase, facilitarles la acogida, y ubicarlos con los compañeros que más los puedan ayudar a orientarse en la nueva situación y a integrarse.

El lugar que ocupan en la clase los alumnos y alumnas que requieren atención especial

No es indiferente el lugar físico, el docente ubica a estos alumnos en el espacio de la clase que tiene más tendencia a recorrer.

La heterogeneidad de niños y niñas o de chicos y chicas

Tendemos a favorecer grupos mixtos. Si bien en algunas edades pueden tender a agruparse por separado, procuramos equilibrar los pequeños grupos en este sentido.

La comodidad del docente y la comodidad del alumnado

Es necesario que el docente se sienta cómodo con la organización hecha, así como que los alumnos se sientan igualmente bien.

La movilidad de los pequeños grupos

Podríamos considerar dos extremos en lo que se refiere a la movilidad: el grupo que cambia continuamente a los integrantes, en cada sesión; y el grupo fijo en el que por lo general no se observan cambios.

El trabajo con grupos fijos, donde cada componente tiene unos papeles determinados asumidos, corresponde a una modalidad de trabajo interesante. Pero en nuestra práctica optamos por la formación de grupos relativamente fijos, que periódicamente, por ejemplo cada trimestre, se deshacen y vuelven a hacerse.

Hay dos tipos de cambios: uno puntual, cuando el docente se da cuenta de que un grupo tiene dificultades en su funcionamiento, se hacen modificaciones puntuales, conservando intacta la mayor parte de los pequeños grupos. El otro cambio es por el que el docente deshace todos los pequeños grupos y vuelve a reagrupar al alumnado, de manera que cada uno cambia de compañeros de trabajo y de grupo.

De lo que se trata es de que si hay dificultades en la eficacia o en el entendimiento en los grupos, los componentes aprendan a resolverlas, más que a sortear obstáculos, y no sólo trabajen con los compañeros con los que cada uno se entiende mejor.

El papel del docente en la formación de los pequeños grupos

Es el docente quien toma las decisiones sobre las agrupaciones del alumnado en el aula. De la misma manera que es quien vigila la dinámica de clase. Esto no quiere decir que no se tenga en cuenta la voluntad del alumnado. Se trata de formar grupos en los que, además de eficaces en las tareas, los componentes se sientan cómodos. Por lo tanto, uno de los criterios que debe tenerse en cuenta es la previsión de si los alumnos se llegarán a sentir bien. En este sentido, un sociodrama podría aportar información valiosa para saber qué elecciones mutuas hace cada uno, y tiene en cuenta, al mismo tiempo, como criterio de agrupación, las afinidades y los rechazos entre ellos.

Bonals, Joan (2000). La organización de los grupos. En: El trabajo en pequeños grupos en el aula. Editorial Graó, de Serveis Pedagògics, Barcelon